En los contornos del blanco: Candor

Miryam Aguirre

"Into the white. And there ain't no day, And there ain't no night". Interpretaba Kim Deal de los Pixies con esa voz tan suya, desgastada y consumida del bajo fondo bostoniano de los ochenta. Sus palabras ajadas y oscuras nos invitaban a adentrarnos, paradójicamente, en el blanco, en la luminosidad total, en esa ceguera casi mística que todo lo invade y al mismo tiempo todo lo niega, ese lugar donde nada importa y los sentidos pierden su capacidad en pos de una calma extrema y aniquilante. Dentro del blanco. Y no existe el día. Y no existe la noche.

En Candor el blanco retoma estas connotaciones demoledoras, no se concibe simplemente como pureza, virginidad y demás adjetivos arquetípicos asociados a él. Aquí se manifiesta como contrapunto y englobador del negro, la otra cara de la moneda. La necesidad de esta pureza surge de una contaminación propia o ajena anterior, de la exigencia de un refugio-crisálida para acceder a la metamorfosis pacificadora del ser. En los contornos de la realidad se desdibuja un espacio fronterizo, una membrana protectora y anestesiante del dolor necesaria para la supervivencia, no física ni fisiológica, más bien espiritual de los personajes que allí residen. Una especie de limbo donde la gracia y la culpa están fuera de discusión, no se trata de esa situación periférica del infierno católico, ni de ese espacio dantesco de inquietud a la espera de una salvación. En este bosque de colores pardos una figura femenina camina y camina, repetitivamente en círculos, sin ansia, en pleno ritual de purificación, a la búsqueda de un descanso no demasiado lejano. La antigua idea de catarsis, de liberación de los lastres del recuerdo o la vivencia se perpetúan en esta imagen en loop donde el fondo y la figura tienden a unificarse en un equilibrio buscado y debido, en una etérea ausencia del ser fuera del tiempo o en sus dobleces. Ni principio ni fin, ouroboros que acentúa la idea del eterno retorno.

Y en contraposición a esa circularidad: los cubos. La sala está plagada de ellos, níveos, perfectos, desperdigados por doquier, como si fueran las pruebas de un pasatiempo de gigantes, uno, dos, tres, en pirámide o dispuestos serpenteando, una mano enorme que no alcanzamos a imaginar parece disponer estas piezas de puzzle mastodóntico siguiendo unos esquemas vedados a nuestra compresión. En algunas de sus superficies hallamos unos brazos que abrazan piernas, miembros de una figura femenina que se repiten sin cesar. Un juego de sinécdoques, la parte por el todo, mujeres encorsetadas dentro de esta forma geométrica pura de fuertes connotaciones simbólicas. Desde antaño tanto el círculo como el cuadrado reunían significados ocultos que permitían una interpretación metafísica, filosófica del universo, aglutinadora del macro y el micro. Así el círculo siempre estuvo ligado a lo celeste, a lo divino, mientras que el cuadrado respondía a la visión más material y humana del cosmos. Esta mujer está encerrada en esa materialidad terrenal simbolizada por la forma geométrica cuadrangular, encorsetada quizás por y en una sociedad demasiado ofuscada en sus prejuicios como para apreciar las diferencias que contiene y contemporáneamente la enriquecen. Una realidad

modular y estandarizadora donde lo ajeno no tiene cabida, donde todo ha de ajustarse a una norma bien precisa y devastadora. No es casual por tanto que la fragmentalidad del cuerpo que busca un espacio propio se aprecie tan claramente en la videoescultura de Amavisca: una mujer nacida de un sutil halo de luz se descompone en los cubos que la sustentan, mientras camina desapareciendo en una naturaleza hostil, único objeto de conexión con el paisaje de la realidad.

Esta mujer experimenta un trance sosegado emparentado si cabe con la danza de las tinieblas, la danza de la muerte del butoh que de un modo a la vez brutal y sereno, más bien individual que colectivo, explora las manifestaciones de la violencia, del erotismo y de la muerte: cuerpos pintados en blanco, movimientos lentos, posturas crispadas y retorcidas que aúnan el consciente y el inconsciente, el mundo exterior con el mundo interior. Tatsumi Hijikata, uno de sus creadores recordaba que su arte tenía el propósito de recobrar el cuerpo primigenio "el cuerpo que nos ha sido robado". Y en este proceso está la(las) protagonista(protagonistas) de Candor.

Retomamos el blanco, esta vez no como color de inocencia o de limbo pasajero, sino con sus matices más dramáticos, con ese tono enfermizamente aséptico, estéril de hospital, lugar de reposo obligatorio, emparentado con el padecimiento físico, psíquico, o con la locura. Lo que en un principio se podría proponer como una disyuntiva entre pureza y locura termina por convertirse en una posible equivalencia. Y esa repetición, protagonismo y sufrimiento sordo de la figura en el blanco luminoso acaba por abstraerla y elevarla en un sutil ceremonial a icono. Maliciosamente ante una de las cajas de luz, en el suelo, el artista ha dispuesto pequeños objetos, papeles, y el ritual se completa voluntaria o involuntariamente por los visitantes a través de una acción participativa e interactiva, la de agacharnos para recoger esos retazos ante la imagen. Diviniza a una figura humana en esas cajas de luz que parecieran pequeños altares, aunque una vez más se presenta una dicotomía herética si cabe, esos mismos altares, los cubos, sirven de mobiliario, nos podemos sentar, apoyar permitiéndonos quizá una profanación simbólica de lo establecido o puede que simplemente proponiendo un paralelismo con aquellas vírgenes medievales que sólo servían de trono divino, objetualizadas sin más importancia que la de sustentar a algo o alguien supuestamente superior, más importante.

La mujer de las fotografías de Amavisca rezuma inocencia y ternura, sensaciones nacidas de la incomprensión incomprendida, de la sensibilidad extrema y de la empatía ante la necesidad de cobijo, su padecimiento evidencia que el icono tiene una parte oculta, un revés, común al resto de los vivos, sufre y siente como cualquiera. Dante Gabriel Rossetti en su Anunciación nos mostraba ya una María humana, aterrorizada ante la visualización de los acontecimientos que la profetizaban, pero incluso dentro de esa luminosidad agresiva que la sitúa al borde de la realidad, asida por un fino hilo a la cordura, ella sigue desprendiendo candor.

En este trabajo de Amavisca la idea de homenaje al femenino se aprecia en cada detalle, la tragedia del mundo, su injusticia, y sus consecuencias siguen apreciándose en sus protagonistas al límite. Las anteriores Beauty Lost o Shedding Reality contenían también esta fuerte carga de personajes shakespearianos, ofélicos, clásicos, una constante en la poética de nuestro artista que con su actual Candor nos muestra una valiosa madurez estética, una rotundidad conceptual muy concisa que logra golpearnos, invitándonos a adentrarnos sinuosamente o a sumergirnos irremediablemente en ese resplandor de cal.